

Cuestión andaluza y conciencia colectiva

¿EXISTE un problema andaluz? ¿Hay una *cuestión andaluza* históricamente precisa y determinada? ¿Existe o no una *conciencia andaluza* que se desprendería de aquélla? Entre una y otra ¿se da un nexo causal? ¿Aparecen históricamente emparejadas? Parece que estos interrogantes se van haciendo cada día más polémicos.

En principio parece bastante claro que entre las cuestiones catalana, vasca y gallega y la posible realidad de la cuestión andaluza hay notables diferencias cuando se abordan en una perspectiva de *conciencia colectiva*. Entre la izquierda ha circulado honoríficamente, con gran aquiescencia de las burguesías nacionales, por otra parte, la famosa definición de Stalin sobre nación, entendida como *una comunidad estable, desarrollada históricamente, de lengua, territorio, vida económica y modo de ser psicológico que se manifiesta como una comunidad de cultura*. A partir de los elementos componentes de nación según Stalin se puede pasar a perfilar la existencia de determinadas naciones desgajadas de los procesos coloniales o constituidas en procesos de unificación y convergencia histórica. La definición se puede aplicar también a otros casos más complejos, determinados por circunstancias históricas en las que se entrecruzan factores muy diversos —por ejemplo, el migratorio— no fáciles de individualizar para colocarlos en la probeta de laboratorio que acaba siendo toda definición, por definición —valga la redundancia— esquemática y estática al mismo tiempo.

ASI, jugando a definidores, podríamos aislar elementos parciales del componente *nación*, que dentro de ésta perfilaría la existencia de situaciones particulares, de cuestiones peculiares de determina-



ALFONSO C. COMÍN

das partes de aquélla. Pero creo que no se trata tanto de llegar a elaborar una definición regional —base de una hipotética conciencia regional— como de analizar la existencia de una cuestión histórica precisa, real, que si lo es, requiere una toma de conciencia a partir de los elementos de conciencia latentes que habrá generado y que, en todo caso, será necesario descubrir, penetrar. Si no procede de la realidad es evidente que el proceso sería como sacarse palomas de la manga, se trataría de una operación ideológica, voluntarista, incierta. Por ello manejar la lengua o la cultura como posibles o irremediables componentes definitorios de Andalucía que una vez negados como propios o peculiares dejarían en la cuneta toda existencia real de una cuestión andaluza me parece que es limitar el objetivo del análisis histórico.

EL TRAUMA DEL EXODO Y LA DIASPORA

Las aspiraciones regionales van saliendo a la superficie cada día con

mayor fuerza. Y esas aspiraciones no se oponen al universalismo propio de la lucha de clases. Se lucha a escala universal —imperialismo—, pero a partir de las propias e inmediatas luchas en el marco político-jurídico que caracteriza cada formación social. Y ese marco, la nación, no puede obviarse porque nos declaremos universales o porque tengamos intelectualmente talante, actitudes y vocación que superen fronteras. Los pueblos aman su tierra, y cuando la abandonan sufren una de las mayores tragedias de su vida. El éxodo y la diáspora son traumas decisivos de la historia humana.

AL poner en solfa el levisimo Estatuto de Asociaciones se ha desplegado la necesidad de *descentralizar*, de romper con el sucursalismo madrileño, de poder presentarse en la sociedad ibérica con autonomía suficiente, ligando los instrumentos de decisión a la realidad de cada tierra diferencial. El caso de LA ILUSTRACION REGIONAL y el debate que se ha abierto en torno a *nuestra conciencia regional* en el que estamos son índices de que en éste no todo es pura invención o ideología alejada de la realidad; a la hora de abordar la *cuestión andaluza* hallamos una vieja historia ligada a poderosos centralismos de clase. Yéndonos a otra latitud podríamos recordar el caso de ANDALAN, que ha venido a constatar la existencia de un *aragonismo latente*, quizá dormido, pero efectivo y real, justamente en una región que parecía vivir sin conciencia propia, sumisa a su «destino de transición» entre centro y periferia. Y hoy, hasta los madrileños se pronuncian mayoritariamente por el regionalismo y la descentralización, según ha puesto de relieve una reciente encuesta publicada por GENTLEMAN.

Otra cuestión es, en nuestro caso, que el idealismo burgués propio de Ortega y epígonos tales como Marías, Halcón y suma y sigue haya levantado una cortina de humo que ha impedido penetrar a muchos intelectuales en el sentido histórico de la cuestión andaluza. La existencia de una *teoría de Andalucía* para uso y acomodo del pensamiento académico, «teoría» que permite planear rozando apenas la tierra real, no debe confundirnos sobre el carácter de las *raíces culturales* de la cuestión que abordamos que deben analizarse en una perspectiva de clase.

UN ANALISIS DE CLASE

CREO que salvando las distancias que existen entre el «Mezzogiorno» italiano y Andalucía y con el riesgo que comporta establecer cualquier analogía, no es inútil recordar la tarea desmitificadora y lúcida emprendida por Gramsci en torno a la *questione meridionale*. Gramsci tuvo que polemizar con los meridionales burgueses —bloque intelectual valorado como la *armadura flexible, pero resistentísima, del bloque agrario dominante*— para proceder inmediatamente a un análisis de clase de la *cuestión meridional* en el proceso global de la lucha de clases, tal como se desarrollaba en la Italia de los años veinte. Y así, Gramsci escribía en 1926: *la cuestión campesina en Italia está históricamente determinada, no es la «cuestión campesina y agraria en general»; en Italia la cuestión campesina, por la determinada tradición italiana, por el determinado desarrollo de la historia italiana, ha asumido dos formas típicas y peculiares, la cuestión meridional y la cuestión vaticana para insistir diciendo que el concepto fundamental de los comunistas torineses en torno a la cuestión meridional no ha sido la «fórmula mágica» de la división del latifundio, sino la de la alianza política entre obreros del Norte y cam-*

pesinos del Sur para derribar a la burguesía del poder del Estado. Estas y muchas otras cosas señaló Gramsci en sus penetrantes análisis sobre la *cuestión meridional* italiana. Han pasado más de cuatro décadas desde entonces, y la situación política italiana ha sufrido importantes cambios que obligan a los nuevos *meridionalistas* marxistas de hoy a revisar no pocos de los elementos puestos en marcha por el político del *Ordine Nuovo*. Con mayor razón sería extremadamente simplista y políticamente peligroso aplicar mecánicamente los análisis *gramscianos* a la *cuestión andaluza*. Pero sí creo que valen como punto de referencia que nos ayude a impulsar el análisis de la *cuestión andaluza* en el contexto global de la *cuestión agraria* y de la *cuestión migratoria*, ya que —una y otra— han acosado la posible existencia histórica de Andalucía como pueblo y están poniendo en peligro su misma identidad.

EL planteamiento de la *cuestión andaluza* puede ser movilizador en cuanto responda a una realidad básica —caracterizada por las dimensiones actuales de las cuestiones agraria y migratoria— o alienante, si se utiliza como ideología burguesa para alejar al pueblo andaluz de sus objetivos de clase en convergencia con los del resto del pueblo español. Por supuesto, no basta con que exista una *cuestión agraria* peculiar —la lucha contra determinada forma de propiedad de la tierra con el fin de alcanzar su aprovechamiento colectivo— para que tengamos ya caracterizada la *cuestión andaluza*. Pero, sin duda, más de un siglo de luchas y movimientos campesinos no han pasado en vano, no han dejado una herencia histórica políticamente indiferenciada.

Al mismo tiempo la diáspora migratoria, entendida en términos de clase —*la emigración es la mayor extorsión que ha sufrido el pueblo andaluz en estos últimos treinta años*, me decían unos compañeros obreros andaluces—, la sangría que supone para el pueblo de un pueblo en marcha no es tampoco un

fenómeno que deje indiferentes a quienes empiezan a tomar conciencia de cuáles son las causas de la postración económica, social e histórica de Andalucía. Como consecuencia de todo ello, la expresión cultural empieza a recuperar sus raíces profundas. «Quejío» es algo más que un lamento. Y cuando Gerena canta a los emigrantes de los cordones industriales de Barcelona, la resonancia y el grito superan el desarraigo. Ambos fenómenos, entre otros, expresan la razón de ser de un cante, imagen precisa de un pueblo. Para lograrlo han tenido que luchar ideológicamente contra el uso del *cante hondo* como mercancía. Y una vez más los posibles excedentes culturales andaluces surgen en el contexto de una lucha de clases que tiene su plano ideológico propio, en el que la ideología de las clases progresistas debe enfrentarse con la ideología dominante. Los costes culturales de esta lucha, naturalmente, no son pocos.

LA LUCHA POR LA TIERRA

OTRA cosa es que ese pueblo que ha luchado por su subsistencia y liberación en torno a la cuestión de la tierra, pueblo cargado de aspiraciones milenarias, haya logrado aglutinar el proceso de tales luchas en torno a un eje central consistente de carácter regional. La toma de conciencia no es un fenómeno tan sólo espontáneo. Requiere sus mecanismos de inserción en el proceso social. El profundo divorcio entre movimientos populares y sectores intelectuales —que se viene arrasando desde el siglo pasado— ha dejado cojo, en parte, el desarrollo de un proceso que debería haber contado con la militancia activa de intelectuales orgánicos capaces de expresar la brecha abierta por las masas en la conciencia histórica de su pueblo, proceso que requiere una profunda articulación con las luchas populares dirigidas por éstas.

Cuando los compañeros sevillanos a que me he referido anteriormente

analizaban la emigración andaluza en términos de clase —como *extorsión* del pueblo andaluz— estaban perfilando un eje de referencia de la actual *cuestión andaluza*. Esta no puede quedar subordinada al centralismo madrileño, desde donde se elabora la política económica que determina dicho proceso que afecta de modo directo al *ejército de reserva andaluz*. Ni nos basta con que los residuos del *excedente de identidad* —según expresión de Castilla del Pino— sean recuperados y se diluyan en el llamado proceso de integración que ofrecen Cataluña o el País Vasco a los inmigrantes que reciben en el llamado proceso de desarrollo industrial. Los costes sociales de este desarrollo se determinan según criterios de clase y en ese contexto el pueblo andaluz figura en las primeras filas de víctimas y de contribuyentes.

LAS REALIDADES DEL SUR

POR supuesto que el regionalismo o el posible desarrollo de una conciencia andaluza no debe oponerse al sentido universal y colectivo-nacional, tal como señala Aumente. Planteado en términos más amplios, sabemos que un nacionalismo puede ser progresista o reaccionario. En Cuba y Vietnam la conciencia nacional ha jugado un papel de primer orden. Sin ella, ¿cómo se hubiera logrado una movilización antiimperialista? Esa ha sido su fuerza tan paradójicamente *universal* que ha hecho que las fuerzas progresistas de la historia nos sintamos hoy un poco cubanas, un tanto vietnamitas.

Todo nacionalismo tiene componentes ideológicos que lo determinan; aunque no sólo esos, por supuesto. Pese a su densidad ideológica puede ser progresivo, tal como acabamos de apuntar. Hemos conocido nacionalismos progresistas y nacionalismos reaccionarios. Los primeros han pivotado sobre un concepto universal de la fraternidad de clase, según hemos señalado. Y son, por esencia —si no quieren dejar

de ser progresivos— transitorios. Pero de igual modo que la ideología proletaria —y no tan sólo la teoría y la ciencia marxista «*strictu sensu*»— cumple una función impulsora de la lucha de clases en el plano que le es propio —es decir, el de la ideología, que se articula íntimamente con los planos económico y político— cierta conciencia regional resultado de la *toma de conciencia colectiva* de los grandes problemas que determinan hoy la *cuestión andaluza* —cuestión agraria, cuestión migratoria, cuestión cultural liberada tanto del *mercantilismo* propiciatorio como del tecnocratismo desarrollista y articulada con las luchas propias de las masas expresadas a través de una tarea intelectual orgánica— puede operar de forma revitalizadora frente a los centralismos absorbentes y a las operaciones centrifugas que están variando de vida propia a todo un pueblo.

mentales alianza de clase entre proletariado del norte y del sur, entre campesinado y clase obrera, entre estas clases y amplias capas de profesionales e intelectuales —capaces de expresarse como «*bloque intelectual*» en el seno del movimiento obrero y popular—, quedarán siempre, vistas desde «el norte y el centro», como cuestiones subsidiarias, con lo cual el pueblo andaluz seguirá a remolque de acontecimientos ajenos a sus necesidades y a sus problemas, continuará siendo víctima, bajo nuevas condiciones, del «*futuro desarrollo económico*» anunciado para pasado mañana que operará, igual que hoy, de espaldas a las realidades del sur.

NUESTRA CUESTION MERIDIONAL

PARA concluir podemos preguntarnos: Si comienza a manifestarse una cierta conciencia andaluza conexas con un mejor conocimiento de *nuestra cuestión meridional*, tal como hoy se presenta, ¿quién reivindica hoy esa conciencia andaluza? He aquí una cuestión central del problema. Podría darse la difusión de una ideología regionalista producto de la tarea de nuevos ilustrados que mediatizaran su incidencia en el proceso descrito, utilizándola como elemento interclasista neutralizador de la conciencia de clase. La cuestión andaluza, tal como he tratado de apuntarla, es una cuestión netamente de clase vinculada a la cuestión agraria y a la cuestión migratoria, entre otras. Ahora nos interesa saber si el proletariado y el campesinado pobre andaluz están adquiriendo esa conciencia regional, si son «*conscientes*» de *qué modo* son víctima y si la expresan en sus luchas concretas de forma determinada. Pues, tal como sabemos, las ideas correctas proceden de las masas; los intelectuales podemos, en todo caso, contribuir a expresarlas de acuerdo con nuestra capacidad de penetración del lenguaje histórico de las masas, que es el de la práctica social en el seno de la lucha de clases.

Afonso C. COMIN